

## CAPITULO XXXVII.

DE LA RELIGIOSÍSIMA VIDA, VIRTUDES Y SANTA MUERTE  
DEL P. PEDRO DE VELASCO, PROVINCIAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS  
EN LA NUEVA ESPAÑA.

## § I

*De su noble nacimiento y juveniles años empleados en estudios  
hasta graduarse de Bachiller, y entrada en la Compañía.*

Aun no habemos acabado de contar los grandes favores que la divina Bondad hizo á la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España en el tiempo de la prolija persecución de que atrás habemos hablado, porque uno de los principales fué el haberle dado en ese mismo tiempo por Superior Provincial que la gobernase y defendiese, un varón tan docto como santo, tan prudente como sufrido, tan conocido en el reino por sus señalados ejemplos de esclarecida virtud, que ella sola era suficiente para acreditar las acciones que por razón de su oficio se halló obligado á ejecutar en su defensa. Este fué el religiosísimo P. Pedro de Velasco, en cuyo trienio de su gobierno se encendió más y con mayores demostraciones de rigor la persecución que antes había comenzado á mover el Obispo de los Angeles contra la Compañía, y no es pequeña prueba de esta justificación con que su Provincial la defendía, el haber corrido esa defensa por mano, gobierno y dirección de un varón tan docto, prudente y santo. Razón por la cual y por haberle llevado Dios para sí por este tiempo, habiendo acabado ya el gobierno de su Provincialato, nos hallamos obligados á escribir y referir aquí su santa vida, y muy conforme á ella su dichosa muerte, comenzando desde su niñez, porque desde ella parece que le escogió Dios para su fidelísimo Ministro de su casa y familia. Nació en la nobilísima y gran ciudad de México el año de 1581; su padre fué D. Diego Fernández de Velasco, que conforme á la calidad de su sangre ocupó preeminentes oficios en estos reinos: fué Teniente de Capitán General y Gobernador de la Florida, Capitán General en el Reino de la Nueva Galicia, Gobernador por S. M. del Reino de la Nueva Vizcaya; y finalmente, D. Diego Fernández de Velasco era rama generosa del nobilísimo tronco de los Condestables de Castilla y muy cercano pariente del Excelentísimo Marqués de Salinas D. Luis de Velasco, que fué tres veces Virrey en este Nuevo Mundo, las dos en esta Nueva España y la otra en el Perú, dándole después su gran capacidad y gobierno la presidencia del Consejo Real de las Indias. La madre del P. Pedro de Velasco fué Doña María Meléndez de Avilés, hija del valeroso Comendador Pedro Meléndez de Avilés, Adelantado de la Florida, y que la limpió de franceses hugonotes que la pretendieron poblar en tiempo de la Reina Madre de Francia. En la educación del niño D. Pedro Fernández de Velasco y otros hermanos suyos, mostraron sus padres su piadoso cuidado, atendiendo á que sus hijos he-

redasen con las obligaciones de su nobleza los virtuosos ejemplos y ajustadas costumbres con que alcanzaron en estos reinos loa de caballeros muy cristianos; y desde su infancia el niño D. Pedro en particular comenzó á dar indicios y pronósticos de que le había ennoblecido la gracia con más notorias ventajas que la naturaleza y dotes con que desde esa edad suele Nuestro Señor señalar á algunos escogidos y grandes siervos suyos. Porque en sus tiernos años mostraba mucha capacidad y asiento, apartándose de entretenimientos y divertimientos de la puericia; sus mayores recreaciones eran ir á los templos, donde con modestia y compostura de ángel asistía con tanta atención y devoción á los sermones, que imprimiendo en la memoria muchos de ellos, cuando volvía á su casa, juntando auditorio de la familia, desde una silla les predicaba y repetía lo que en el sermón había oído; y esto era en aquella edad con tan buena gracia, que teniendo noticia de ella los Marqueses de Villa Manrique, Virreyes de la Nueva España, con quienes sus padres tenían mucha privanza, llamaban al niño D. Pedro á su palacio, y haciéndole poner como púlpito una silla, hacían que les predicase el sermón que había oído, admirando en aquella edad tierna no sólo la felicidad de su memoria (que era rara), sino también tal asiento y devoción en el hablar, que la ponía en los oyentes.

Salió de la escuela donde aprendió á leer y escribir, y dió principio á sus estudios en nuestro Colegio de México, con tan apresurados aprovechamientos, que hacía raya entre todos los que cursaban nuestras escuelas; y con ser tan hábil, ponía de su parte una solicitud, cuidado y diligencia en el aprovechamiento de sus estudios tan rara, que el mismo día que enterraron á su madre, y cuando todos sus hermanos y familia lamentaban su pérdida, sin poder contenerse se vino á nuestras escuelas cargado de los lutos que arrastraba, por no perder siquiera un día de lección. Porque ya el amor á la virtud y las letras le iba despegando del humano y natural de parientes y deudos, que después le duró toda su vida en la religión. En este tiempo de sus estudios medraba tanto en la virtud, que era un vivo ejemplar de ella á los demás sus condiscípulos, sin que se le notase acción ni palabra que no fuese de edificación. Viviendo en nuestro Colegio real de San Ildefonso, donde estudió la Filosofía, y con ser ordinaria la comunicación con los compañeros colegiales que allí se crían, nunca se le oyó palabra menos compuesta ó menos modesta, ni aun en el tiempo y hora de la recreación, cuando parece que hay más ocasión de desmandarse en conversaciones inútiles y desaprovechadas; esas no se le oían á nuestro D. Pedro de Velasco, sino las que oían á virtud y santidad. En el demás tiempo siempre le hallaban ocupado ó en el estudio de sus papeles ó en el retiro de la capilla, encomendándose á Dios por largos ratos y repetidas veces al día, siendo el primero en todos los ejercicios de devoción. Todo su regalo era frecuentar la sagrada Comunión del Cuerpo de Cristo Nuestro Señor, el cual le comunicaba tan grandes auxilios de su divina gracia por lo bien que se aprovechaba de ella, que cada día iba aprovechando con señalados ejemplos y aumentos de virtud. Uno muy señalado fué el que en este tiempo permitió Dios para prueba de ella, y le sucedió con un colegial, que habiéndose desmandado y atrevido á dar á D. Pedro de Velasco una bofetada en público, el muy cristiano mancebo, haciendo más caso de

la doctrina de Cristo, que tenía muy impresa en su corazón, que de los pundonores y leyes del mundo, hincándose de rodillas y ofreciendo la otra mejilla al descomedido y temerario colegial, con toda mesura y composición le dijo: «dé usted otra, que así me lo enseña el Evangelio.» Tan arraigado y bien aprovechado como esto estaba en los consejos y doctrina de Cristo Nuestro Señor un mancebo de tan ilustre sangre y en la flor de su juventud. Notaron algunos que premió Dios el golpe de aquella bofetada con darle á D. Pedro una apacibilidad en el rostro y semblante, que el mirarle causaba agrado y veneración. El que era tan señalado en virtud y de tan lucido ingenio y habilidad, también fué muy aventajado en todas las facultades que estudió de latinidad, letras humanas, retórica y filosofía, que cursó antes de entrar en nuestra Compañía. Era el que encendía emulaciones de virtud y letras en los estudios, porque la viveza de su ingenio hallaba puntos de controversia y cuestión en todas materias, de suerte que tenían sus argumentos y réplicas los que le habían de responder. Y así, cuando se hubo de examinar para graduarse de Bachiller en artes, fué este acto de los más lucidos que se vieron en la Real Universidad de México, no sólo por el aparato y pompa con que lo festejaron sus nobilísimos deudos y parientes, sino por la demostración y satisfacción que dió D. Pedro de su mucho ingenio y caudal, al cual deseaban todos ver empleado en puestos muy altos, de que lo juzgaban merecedor. Pero ninguno pudo escoger este noble mancebo más excelente que el que ya diremos, á que lo llamó la vocación y voz divina. Porque luego que tuvo edad competente para dedicarse del todo al divino servicio, trató de poner en ejecución los deseos que desde sus muy tiernos años Dios le había dado de entrar en religión; y así, renunciando las esperanzas de grandes puestos y riquezas que la nobleza de su sangre y grande talento le podían prometer, pidió ser recibido en nuestra Compañía de Jesús. Los Superiores dificultaban el admitirlo, por estar D. Pedro emparentado con lo más noble de México y aun con el mismo Virrey, que á la sazón lo era el Conde de Monterrey, y sin consentimiento de tales parientes no se atrevían á recibirlo, por excusar pleitos y diferencias. En esta ocasión el muy noble mancebo, que estaba preso del amor de Dios y de su salvación, no teniendo más que quince años de edad y sabiendo que el muy señalado y santo varón Gregorio López (cuya vida eremítica y singular está publicada en el mundo), vivía en el pueblo de Santa Fe, tres leguas de México, á pie y á excusa de sus parientes se fué á buscarlo para pedirle que encomendase á Dios su pretensión y entrada, sin estorbo, en la religión de la Compañía de Jesús. El santo varón (de quien había fama que alcanzaba de Dios lo que le solía pedir, porque siempre era aquello que fuese más conforme á la divina voluntad, de que traía su continuo ejercicio), impetró de Su Majestad lo que D. Pedro le había ido á pedir; porque volviendo á México, halló allanadas las dificultades y trocados los ánimos, así de los Superiores en admitirle á la religión, como de sus deudos en no estorbarle la entrada. Y alcanzada licencia de su tío el Conde de Monterrey, Virrey de la Nueva España, despidióse de S. E. con el gozo que otro fuera á tomar posesión de alguna grande dignidad y puesto preeminente. Lo recibió en la Compañía de Jesús el P. Estéban Paez, Provincial que entonces era de esta Provincia, á los quince años de su edad y día del Angélico Doe-

tor de la Iglesia, Santo Tomás de Aquino, de cuya doctrina y pureza angelical siempre quedó devotísimo, y tanto, que, como después diremos, las partes y cuestiones de su Teología las estudiaba muchas veces de rodillas.

## § II

*Del noviciado del Hermano Pedro de Velasco y los ejemplos de virtud que después dió en el tiempo de sus estudios de Teología hasta que se ordenó de Sacerdote.*

En entrando en el noviciado nuestro Hermano Pedro de Velasco, aunque desde sus tiernos años se había empleado en ejercicios de virtud, pero entrando ya en la religión comenzó á correr á largos pasos en ella. Olvidóse de afectos de carne y sangre, y parecía el Hermano Pedro un hombre sin la genealogía noble que se estima en el mundo; se le pegó de suerte por el resto de su vida este olvido, que nunca se le oyó palabra que tocase á deudo suyo para dar á entender su nobleza. Vistióse con mucha alegría de su sotanilla parda y vieja de novicio, y salía muchas veces por las calles más públicas de la Puebla de los Angeles (donde estaba el noviciado en este tiempo) con su sotanilla rota y remendada y á media pierna, y llegando á la pila de la plaza pública y cogiendo agua en un cántaro lo cargaba y llevaba á la obra que se hacía en el Colegio, y estos ejercicios eran sus más alegres recreaciones. Otras veces, atravesando por la plaza sin manteo ni ropa y con una gorrilla de sombrero muy viejo, iba al rastro de la ciudad, donde recogía cerdas y colas de las reses que se mataban, para tejer cilicios, y volvía con ellas patentes hollando con mucha alegría las leyes vanas del mundo. Otras veces, vestido del mismo traje, iba á nuestro Colegio Seminario de estudiantes, y entrando á hora de comer en el refectorio, pedía de rodillas á los colegiales en un cajetillo quebrado que llevaba, le diesen de limosna las sobras de sus platos; y aunque como jóvenes lo mortificaban algunas veces, pero perseverando en este ejercicio de humildad el Hermano Pedro fué poniendo tal veneración y respeto en los colegiales, que cada uno procuraba y deseaba que llegase á su lugar para darle su comida entera; pero como no era esta la pretensión del humilde novicio, negoció con el Superior mudar de puesto. Iba á las porterías de las religiones á pedir limosna entre los pobres; pero como también los religiosos conociesen el motivo y fin de aquel santo ejercicio, y lo regalasen con amor y agasajo, desistió de este género de mortificación, viendo que le salía contrario á lo que él intentaba. Aplicóse á servir en la cocina en fregar ollas y cazos, oficio que hacía con tal gusto y aplicación, que parecía que se había criado en él toda su vida. Y cuando había obra en casa, con el mismo gusto servía en llevar piedra y mezcla á los oficiales. Y el mayor contento que los Superiores le podían dar era el dejarlo mucho tiempo en estos humildes ejercicios.

En los interiores del alma y trato con Dios en la oración, andando dentro de sí y en la divina presencia, no tuvo que trabajar mucho el Hermano Pedro; porque ya había gustado de estos ejercicios desde sus tiernos años, de donde le nacía la compostura junta con el agrado y

mansedumbre que resplandeció en él toda la vida. A este trato que tenía con Dios juntaba el estudio de la negación de sus propios querer y voluntades y el ejercicio de todas las demás virtudes, con que en el noviciado era el ejemplar de quien tenían bien que aprender los demás novicios, los cuales después, siendo ya padres graves, tuvieron mucho que contar del fervoroso novicio Hermano Pedro de Velasco.

Cumplidos ya los dos años de su noviciado como se usa en la Compañía, hizo sus votos, y los Superiores lo enviaron al Colegio de México á que estudiase la sagrada Teología, y en ella tuvo por Maestro de Prima al que lo fué universal por muchos años de las buenas letras del reino de la Nueva España, P. Dr. Pedro de Hortigoza; y para decir aquí sumariamente lo que el Hermano Pedro de Velasco se adelantó y aprovechó en esa divina ciencia, lo declararemos con el testimonio de ese insigne doctor su maestro, el cual, habiendo presidido un muy lucido acto público de su discípulo, dijo saliendo de él: puede leer Teología ahora como yo el Hermano Pedro de Velasco. Y aunque esto pudo parecer encarecimiento, pero no ajeno de su verdad y sentido, porque desde el principio de sus estudios y en el progreso de ellos dió tales muestras de capacidad y agudeza de ingenio, que si adelante se empleara en el ministerio de letras y cátedra de ellas, fuera muy insigne y señalado maestro; porque semejantes testimonios fueron los que dieron de este discípulo otros sus grandes maestros: y no era mucho que se vieran estas ventajas y adelantamientos de letras en el Hermano Velasco, porque de más de la mucha capacidad y viveza de ingenio que tenía, su recogimiento y estudio era tan grande, que sin divertimiento alguno todo se empleaba en aquello á que lo aplicaba la obediencia. A que se añadía el estudio tan continuo y afición que siempre tuvo á la doctrina de su devotísimo Maestro el Doctor Angélico Santo Tomás, que, como dijimos, perpetuamente revolvía sus obras de la Teología, y aun hizo una suma de ellas para su uso, y muchos ratos las revolvía de rodillas por devoción; y muy bien le correspondió el Santo Doctor á su devoto discípulo y alumno, porque en las obras de tal Maestro halló siempre cuanto había menester: si argüía era con razón de Santo Tomás; si respondía era con autoridad de Santo Tomás; si predicaba en el refectorio (como lo usan los estudiantes de la Compañía) era con la doctrina de Santo Tomás. Y finalmente, alcanzó tal inteligencia de ella, que algunos decían que tenía de memoria las partes de la Teología de Santo Tomás.

Este fué el aprovechamiento en materia de letras con que el Hermano Pedro salió mientras cursaba sus cuatro años de Teología, y ahora diremos los ejercicios y progresos que en ese mismo tiempo hizo en la virtud. Porque en todas cuantas ocupaciones tuvo en el discurso de su vida este siervo de Dios, nunca se olvidó del estudio de su mayor perfección ni de aquellos medios que para ella le podían aprovechar; y como á su espíritu humilde siempre le hubiese sido amable la virtud de la humildad, así también andaba á buscar actos en que ejercitarla, y no olvidándose de los que hacía cuando novicio, ahora cuando estudiante teólogo y tan aplaudido y estimado de todos por su mucho caudal, los volvió á repetir en México, donde aún era más conocida su nobleza. Porque alcanzada licencia de sus Superiores se iba en cuerpo, con una sotana la peor de casa, al Colegio Seminario de San Ildefonso, y en un cajetillo pedía á sus concolejas antiguos,

cuando comían, le diesen de limosna las sobras de sus platos. A unos causaba risa la demanda, á otros sacaba lágrimas de devoción, confusión y ternura ver postrado á sus pies y en forma de pobre mendigo al que pocos años antes, siendo su compañero y concoleja, habían conocido en tanta abundancia y tan regalado y estimado de sus nobles parientes, y ahora lo veían tan humillado y abatido por imitar á Cristo Nuestro Señor; unos lo miraban con mayor veneración, otros lo aclamaban por santo. Pero no era esto lo que pretendía el humilde Hermano; y pareciéndole que más desconocido sería en las porterías de las Religiones y que entre los demás pobres se podría disimular, alcanzada licencia del Padre Rector se fué un día con su cajetillo á la portería del Convento de Santo Domingo, y al tiempo que en ella se repartía la comida á los pobres, entrometiéndose entre ellos pidió al religioso que daba limosna le diese á él también de comer por amor de Dios, como se usa, y causóle reparo la modestia, la compostura y devoción con que le veía rezar, y después recibió su limosna el Hermano Pedro, y habiéndola recibido buscó el pobre más asqueroso que allí había para comerla con él. Quedó el religioso portero tan agrado y edificado del nuevo y disimulado mendigo, que le dijo que volviese el día siguiente á tiempo que le ayudase á repartir la limosna á aquellos pobrecitos; volvió con mucho gusto el Hermano á ejercitarse en obra de tanta caridad y humildad, y cuando volvió ya se había informado el portero de que el mendigo que allí venía era Hermano de la Compañía de Jesús, y había dado parte de esto á su Superior, y éste pedido al Padre Rector de nuestro Colegio que se lo enviase otra vez allá. Fué en su hábito de pobre el Hermano Pedro, y cuando llegó le ordenó el portero que rezase con los demás pobres mientras él volvía y se hacía hora de comer. Juntó los pobres, comenzó á decir con ellos las oraciones de rodillas, y en voz alta respondiéndole los demás. Al cabo del rato volvió el religioso portero acompañado con el Padre Prior de aquel Convento, el cual viendo al Hermano Pedro de Velasco en aquel traje, cuyos nobilísimos parientes conocía muy bien, se enterneció, y abrazándole, le dijo: Hermano, orden tengo de su Rector para que me obedezca en lo que le quisiere mandar. Llévóle consigo á su celda y en ella le hizo poner una mesa con mucho regalo y le mandó comer. Aquí fué la pena del humilde Hermano viendo cuán al contrario le había salido su pretensión, y saliéndole los colores al rostro por verse conocido y estimado, obedeció, y habiendo brevemente comido, pidió licencia para volverse á su Colegio. El Padre Prior, reconociéndole en el semblante la pesadumbre y mortificación con que estaba, por no darle más pena le concedió la licencia, quedando grandemente edificado de aquel ángel, que tal le pareció en su modestia y virtud. Escarmentado el Hermano Pedro de semejantes lances de honra, buscó y halló traza como no le faltasen los de su caridad y humildad, que él deseaba. Alcanzó de los Superiores que entre las ocupaciones de su continuo estudio ayudase al enfermero y sirviese á los enfermos de casa; alcanzada esta licencia, se empleaba en ese oficio con tanta alegría, diligencia y cuidado, que no sólo entre día les daba de comer, barría los aposentos, aderezaba las camas, limpiaba los vasos y aplicaba las medicinas; sino también de noche, cuando era menester, los acompañaba velando él, porque no se desconsolasen los enfermos si tuviesen necesidad de algún alivio, y esto con

un agrado y puntualidad tan grande, que sólo la asistencia del Hermano Pedro era el alivio de los dolientes, y no se limitaba su caridad á ejercitarla solamente con sus Hermanos religiosos, sino que también se ofrecía y la comunicaba á todos los que veía que necesitaban de ella, como sucedió cuando habiendo adolecido gravemente un esclavo de nuestro Colegio de mal contagioso y asqueroso, y retirándose algunos del peligro del contagio, el Hermano Pedro de Velasco, compadecido del esclavo enfermo, se dedicó muy de propósito á asistirlo, lo cual ejecutó con tan grande amor y solicitud y le asistía con tan grande cuidado, que él mismo le daba la comida, le hacía la cama y le ayudaba á levantar en sus brazos, purificaba los vasos, y asistió siempre á su pobre enfermo hasta que lo vió libre de peligro y del todo sano, el cual atribuía al cuidado y oraciones de su santo enfermero el haber alcanzado la sanidad. Pero el enfermero no salió tan libre de este trabajo que no se le pegase el contagio del que había curado con tanta solicitud; y aunque llegó á riesgo de morir de ésta el Hermano Pedro, pero siempre muy alegre y no arrepentido de padecer por la caridad que nos enseñó Cristo Nuestro Señor, aunque su divina Bondad le libró del peligro, porque le tenía destinado para otros más gloriosos ministerios en que lo quería emplear.

De más de estos ejemplos de humildad y caridad que el Hermano Pedro de Velasco dió en el tiempo de sus estudios de Teología, también los dió excelentes en los ejercicios de las demás virtudes, lo cual consiguió con la exacta y puntual observancia de las Reglas de la Compañía de Jesús, que fué siempre su cuidado primero y principal. Porque como en la observancia de esas Reglas se halla el ejercicio y aumento de toda virtud, andando tan cuidadoso como andaba el Hermano en esta observancia, por ese medio crecía cada día más en perfección. La regla del silencio es de suyo fácil de quebrantar y mucho más en estudiantes, porque la emulación en las letras, la fuerza de los argumentos y disputas, la diferencia y oposición de opiniones, suele ser ocasión para desmandarse y afervorizarse la lengua del más reportado y modesto en argüir. Pero la del Hermano Pedro, aunque eran tan eficaces sus argumentos y razones, nunca en tales ocasiones se desmandó, conservando siempre una humildad y modestia angelical, con que componía á los que se querían adelantar. Y el que en tales ocasiones andaba con tanta circunspección en palabras, bien se deja entender la que tendría en la guarda del silencio cuando esas no suelen ofrecerse. Compañeros de aposento tuvo el Hermano Pedro de Velasco, que notaron y afirmaron de él que en un año que vivieron juntos, no había faltado una sola vez á la regla del silencio. Y quien tuvo tal atención y observancia en guardar una regla tan quebradiza y lijera, bien podemos entender el cuidado con que andaría en las demás, que tocan á una perfecta observancia. Cuando en los asuetos acostumbrados de recreación que para el ejercicio de las letras han menester y usan los estudiantes, veía que no se introducía alguna plática de Dios ó de cosas espirituales, diciendo con disimulo: «aquí no ganamos nada,» mudaba de puesto. Finalmente, habiendo cursado el Hermano Pedro de Velasco sus cuatro años de Teología en el Colegio de México, y dejando él singulares ejemplos de virtud á los estudiantes venideros, lo enviaron los Superiores á que tuviera su tercer año de probación, como se usa en la Compañía, y esto antes de

ordenarse de Sacerdote, por no tener edad competente. Y viéndose él solo Diácono entre los demás sus compañeros, que eran Sacerdotes, aprovechándose de la ocasión y aficionado como siempre á los oficios más humildes, alegó que á él le tocaba el de sacristán de la Capilla donde celebran los Padres de tercera probación y tienen sus pláticas. Acudía á servirles en el altar, y cuidaba de la sacristía como si fuera un Hermano novicio, y con el mismo afecto de humildad salía á ayudar las Misas que se decían en la Iglesia. Con estos y otros santos ejercicios de oración y devoción se dispuso el Hermano Pedro de Velasco para recibir dignamente el grado altísimo de Sacerdote de Cristo, y ser Ministro del sacrosanto Sacrificio de la Misa, que siempre dijo con tanta atención, fervor y elevación de su espíritu, que era menester algunas veces tirarle de la casulla, el que le ayudaba, para que prosiguiese con ella; porque en este tiempo y ocasión recibía singulares favores de Nuestro Señor. Y así, nunca la dejó de decir toda su vida, si no fué apretado de enfermedad grave.

### § III

*Envían los Superiores al P. Pedro de Velasco á las misiones  
entre gentes bárbaras de Sinaloa;  
los grandes frutos de su predicación evangélica y ejemplos de virtudes  
que en él resplandecieron.*

Aunque los lucidos talentos en letras y respetos de muy nobles parientes que tenía el P. Pedro de Velasco, pudieron embarazar á los Superiores para emplearlo en otros ministerios que no fuesen cátedras, estudios ó púlpito, y para no desviarle del cuerpo de la Provincia á partes tan remotas cuales son las de Sinaloa, que distan de México trescientas leguas, ni emplear un tan lucido sujeto en domar gentes fieras y bárbaras, con todo resolvieron hacer este empleo los Superiores, lo uno por ser de mucha estima en los ojos de Dios y de la Compañía el ministerio de la conversión de las almas; y lo otro, porque tenían muy entendida la voluntad y gusto del P. Pedro de Velasco, que no era otro que verse empleado en aquello que fuese de más gloria de Nuestro Señor, servicio suyo y bien de sus prójimos, que es el fin del Instituto que había profesado. Y verdaderamente parece que en este caso obraron los Superiores con particular luz del cielo, porque fueron tan admirables los frutos que cogió este misionero apostólico, y los gloriosos trabajos que padeció por la gloria de Cristo, y su predicación evangélica, que podemos entender que lo tenía su divina Providencia destinado para empresa de tanta gloria de su divina Majestad. Y aunque es verdad que en el libro que escribimos de los «Triunfos de la Fe» y Misiones que entre gentes y naciones ejercita la Compañía en el reino de la Nueva España, referimos é hicimos mención algo dilatada de los apostólicos trabajos y frutos admirables que el P. Pedro de Velasco cogió en la conversión de algunas de las naciones que bautizó y doctrinó en la Provincia de Sinaloa, donde trabajó por tiempo de catorce años; pero porque cuando aquello se escribió no había rematado el curso de su santa vida el dicho Padre, y

aquí tratamos de escribirla plenamente, será forzoso repetir algo de lo que allí se dijo, añadiendo lo que se quedó por decir en aquella historia.

Despacharon los Superiores de México al P. Pedro de Velasco para las misiones de Sinaloa en compañía de otros Padres que iban para el mismo intento. Llegados al Colegio que en aquella Provincia tiene la Compañía de Jesús, y repartidos á sus puestos los compañeros, á nuestro Ministro evangélico le cupo en suerte la doctrina y conversión de unas naciones serranas que tenían sus poblaciones y rancherías entre montes y ásperos picachos. Mies y campo muy á propósito para que en su labor y cultura empleara el nuevo misionero los fervorosos deseos y propósitos que llevaba de trabajar en la viña del Señor y ayudar á la salvación de almas tan desamparadas. Aceptó con mucho gusto y como señalado del cielo el P. Pedro de Velasco el partido que le cupo de naciones llamadas Overas, Cavametos y Ecoratos, con otras vecinas y derramadas por aquellas quebradas y montes, y en llegando á ellas lo primero que procuró fué aprender sus bárbaras lenguas, haciéndose niño con ellos para ganarlos para Dios, y tomando por maestros á unos muchachos el que en la cátedra de Teología, como dijimos, podía ser maestro de aventajados discípulos. Porque allí ni había otro arte ni vocabulario ni otro medio más á propósito como poderlas aprender, sino oír hablar á muchachos que venían á la Iglesia. Alcanzó á saber el P. Pedro tres de estas bárbaras lenguas demás de la mexicana, que llevó sabida cuando partió de México, y en ellas en breve pudo catequizar y enseñar la ley de Dios á aquellos ciegos indios, que vivían sin ley y sin Dios, y después les predicaba en todas las materias de cristiandad con tanta facilidad, como si entre ellos se hubiera criado y nacido, siendo así que entre estas naciones no hay medio que así las rinda y granjee, como el hablarles en su lengua, que es el reclamo con que se ganan y acarician. Era cosa de admiración cuánto las ganó para sí y para Dios, y con cuánto afecto y sujeción obedecían al P. Pedro de Velasco, unas gentes que á nadie sabían estar sujetas. Y en prueba de esto contaremos un caso que sucedió, y es confirmación de lo que vamos diciendo. Un indio principal entre los demás, que ya se había bautizado, se desmandó en cometer un pecado con nota y mal ejemplo de los demás cristianos. Hallóse obligado el Padre á corregirlo y castigarlo como su Cura y pastor, para escarmiento de los que eran nuevos en la fe (que así sabemos que lo hizo el Príncipe de los Apóstoles San Pedro, al principio de la primitiva Iglesia, con Ananías y Safira, por haberse quedado con parte de la hacienda que á Dios habían ofrecido, como se escribe en los actos apostólicos). Queriendo, pues, el Padre, para satisfacción del delito que había cometido el indio, que recibiera una disciplina pública en la Iglesia cuando estaba allí el pueblo junto (como se usa en estas nuevas naciones), mandóle hincar de rodillas, afeóle su pecado, dióle á entender cómo era merecedor de castigo y penitencia, y al tiempo que el fiscal de la Iglesia había de descargar la disciplina en las espaldas del indio, mostrándose rebelde se levantó diciendo que ni él estaba hecho á esos castigos ni se sujetaría á ellos. Y lo cierto es que no hay gente más libre de sujeción á ley ni rey en el mundo que ésta, porque son acéfalos y sin cabeza. En ocasión, pues, como esta, para sujetar á un indio rebelde y bárbaro como este, no fué menester más

que levantarse un compañero suyo y decirle: «Bien puedes dejarte azotar por mandado del Padre, porque habla como nosotros en nuestra lengua.» Y bien lo pudo decir, porque hablaba el P. Pedro de Velasco como ellos; y no fué menester más para que un indio fiero se humillase y recibiese una disciplina públicamente.

Ganadas por este medio estas naciones, dió principio á su ministerio apostólico el P. Pedro de Velasco, por donde lo dieron los sagrados Apóstoles cuando dijeron: «*Nos vero orationi, et verbo Dei instantes erimus,*» que su empleo sería el ejercicio de la oración y predicar el Evangelio. El primer ejercicio de la oración y trato con Dios nunca lo olvidó el P. Pedro de Velasco, no sólo el retirado á la hora que se señala en la Compañía, pero aun en los muchos caminos que anduvo y ministerios que ejerció, era muy continuo en el trato y presencia de Dios. Pues en la predicación de la palabra divina fué tanta su continuación y los años que se ocupó en la conversión de las gentes bárbaras que bautizó, que todos los días rezaba, en la Iglesia del pueblo que visitaba, las oraciones con sus feligreses y nuevos cristianos, y después de rezadas se seguía una plática breve sobre la explicación de los Misterios de nuestra santa fe, y los Domingos predicaba más de propósito; con que fué desmontando las breñas y maleza de estas incultas selvas de fieras y salvajes, y plantó en ellas una maravillosa cristiandad. Arrancó de estas ciegas gentes vicios que en ellas estaban arraigados, é idolatrías, supersticiones, hechicerías, embriagueces, deshonestidades, guerras continuas, y finalmente, toda la selva de vicios que era forzoso estuviesen crecidos donde ni había conocimiento de Dios ni de otra vida y bienaventuranza eterna. Se desmontó y limpió y arrancó estos vicios, y plantó este varón apostólico en estas mismas gentes unas virtudes y costumbres tan concertadas y cristianas, como en unos antiguos fieles y cristianos se pudieran deseñar; y los que antes empleaban los días y las noches en bailes y embriagueces bárbaras, eran continuos en acudir á oír Misa y sermón y pláticas de la doctrina á la Iglesia, y las noches en rezar sus oraciones delante de las cruces que el Padre les había enseñado que levantasen en sus barrios. Y era para dar mil gracias á Dios el oír las voces del cielo, que á prima noche en las casas del pueblo se oían, rezando las sagradas oraciones del Padre Nuestro y Ave María, á que se juntaba otra singular devoción que el P. Pedro de Velasco había introducido en esta nueva cristiandad: esta fué que les enseñó que en lugar de la salutación cuando se visitasen ó llegasen de camino, y se diesen la bienvenida ó se encontrasen en él, pronunciasen los dulcísimos nombres de Jesús y María por modo de salutación; y así, eran muchas veces las que en los pueblos se oían estos soberanos nombres repetir. Devoción propia del P. Pedro de Velasco, de quien notaron algunos que cuando estaba solo ó cuando la ocasión no le obligaba á hablar, musitaba como que decía algo, y echaban de ver que pronunciaba los dulcísimos nombres de Jesús y María con cada respiración, y el refrigerio en sus enfermedades, fatigas, trabajos y peligros, era traer esos santísimos nombres unas veces en la boca y otras en el corazón, y sin duda que la singular mudanza de costumbres de estas gentes fieras y bárbaras, en ovejas mansas de Cristo, y de lobos en corderos, la podremos atribuir á esta dulcísima devoción, que el P. Pedro de Velasco les enseñó. Pero si se hubieran de contar los prolongados trabajos,

vuestra reverencia recibí; y aunque como llena de paternal amor me fué de particular consuelo, no dejó de sentir mi corazón lo que algunas veces se me ofreció, y era, que viendo por una parte la gran materia del servicio de Nuestro Señor, y que en estas partes se ofrecen las grandes ocasiones de su mayor gloria, y dándome por otra en rostro mis faltas, consideraba que si para estas había de haber alguna pena y castigo sería quitarme el Señor (como á ruin), tan grande empleo y ponerme en otro; y pues veo cumplido este sentimiento, mucha causa tendré de él creyendo está en la memoria del Señor la culpa, viendo ejecutar la pena. Yo, mi Padre Provincial, me siento tierno y muy aficionado á ayudar á estos pobrecitos é inclinado á este ministerio, y averso de mi parte á los lucidos de los españoles, lo cual, aunque pudiera tener poco lugar para no dejarme de rendir luego, aunque fuera con gran desconsuelo mío á la santa obediencia, todavía lo represento á vuestra reverencia como amoroso Padre, y como á Superior; se me ofrece proponer la mucha gloria de Nuestro Señor que por ventura se impedirá con mi mudanza, y puede colegirse por los millares de almas que en este puesto se han bautizado, de las cuales, en los tres años primeros, murieron más de trescientas recién bautizadas y sacramentadas. De lo cual me parece se habrá seguido más gloria de Dios, que si hubiera leído en este tiempo un curso de Artes: y ahora falta un gran número de gentiles que bautizar, y bajar muchos huesos secos, de viejos, desparramados por esos picachos, y juntarlos y darles espíritu de vida; lo cual parece había de ser por medio de la voz y lengua de algún profeta. Y aunque yo no lo sea, en fin, soy el primer Padre y Ministro de éstos; las lenguas son tres en estos pueblos, y aunque he hecho lo posible por salir con las dos, voy ya tras la tercera. El puesto de la lectura y cátedra se podrá suplir con mucha más satisfacción por otros muchos que allá hay, y en pensar salir de este ministerio, se me renueva mi sentimiento, pensando tengo de trocar el libro del Evangelio de Cristo y de sus Apóstoles por un Aristóteles; y esto, por mis faltas y no haber sabido leer con debida disposición y reverencia el libro de los Santos Evangelios. El ir á la cercanía de parientes sólo servirá de menos quietud, y el señor Virrey, como tan piadoso y prudente, juzgo tendrá por bien que yo me quede por acá, pues será de tanto servicio de Nuestro Señor y bien de estas gentes tan desamparadas, como yo se lo escribo á S. E. Guarde Nuestro Señor á vuestra reverencia, en cuyos santos sacrificios y oraciones me encomiendo, pidiendo con la resignación que debo, se sirva de admitir mi proposición siendo posible.» Hasta aquí la carta del P. Pedro de Velasco, en la cual bien claramente se está manifestando la ardiente caridad que encendía su corazón en el celo santo de la conversión de las almas, y cuán singularmente se hallaba favorecido de la gracia divina, que tan dulces y deleitosos le hacía los insuperables trabajos que padecía en esta su apostólica misión. Con esta carta y la que escribió al Virrey, alcanzó esta vez quedarse con sus queridos indios, por algunos años más; después de los cuales, últimamente sacaron de este puesto los Superiores á un sujeto tan señalado y ejemplar, como en el párrafo siguiente se dirá.

## § IV

*Sacan de las misiones los Superiores al P. Pedro de Velasco,  
y los empleos que tuvo en la ciudad de México.*

Abundante cosecha de merecimientos propios y de gran número de almas para el cielo había recogido el P. Pedro de Velasco los catorce años que había gastado en las misiones de Sinaloa. Había bautizado por sí mismo unas seis ú ocho mil almas, muchos párvulos que con el agua del santo Bautismo se habían ido á la gloria, y de adultos cristianos había fundado tres numerosos pueblos, donde se veía una muy singular mudanza de costumbres, y una lucida cristiandad muy industriada en la ley de Dios. Había edificado sus Iglesias padeciendo continuos trabajos, sudores y fatigas en su fábrica; aunque pobre, hábiles adorado lo mejor, que en tierra tan remota y pobre pudo, con la limosna, que para su sustento le daba el Rey. Y en obras de tan grande y apostólica caridad, bien se deja entender los méritos que habría amontonado tan santo varón. Pero tenía Dios guardado para otros empleos en que no menos le había de servir, y se habían de aumentar esos merecimientos. Aunque con sumo gusto el P. Pedro de Velasco gastara todo lo restante de su vida en tan ásperas montañas y trabajosas misiones, pero considerando los Superiores los señalados talentos y ejemplos de Religión y virtud con que en el cuerpo de la Provincia se podía emplear, le enviaron á llamar para México. Recibida esta orden, el que toda su vida deseó conformarse con la voluntad de Dios expresada por los Superiores, en cuyas manos siempre se puso para que dispusiesen de él á su voluntad, se rindió y obedeció, y habiendo encargado á otro Padre el amado partido del P. Pedro de Velasco, caminó las trescientas leguas que hay desde Sinaloa á México, y llegó al insigne Colegio que en esta ciudad tiene la Compañía, y donde en años pasados y tiempo de sus estudios había dado tantos ejemplos este señalado sujeto. Aquí, cuando llegó, todos le recibieron como á un ángel del cielo y como á un varón santo, que les enviaba Dios para su ejemplo, edificación y consuelo.

La primera ocupación en que los Superiores lo emplearon fué que leyese cátedra de la Sagrada Escritura, á que entonces estaba conjunta la de Teología moral, y entrambas á dos lecturas lució mucho su grande caudal de letras, que no tenía olvidadas, aunque tantos años había estado tan remoto del ejercicio de ellas, aprendiendo y hablando las lenguas de naciones tan bárbaras. En los actos públicos literarios era muy aplaudida ordinariamente la réplica del P. Pedro de Velasco: su modestia en el argüir era rara, y aunque sus argumentos eran vivos y eficaces, pero si el Maestro que presidía ó el regente de estudios le decía que dejase la réplica, al punto la dejaba: cuando á sus instancias se revolvía ó turbaba la disputa (como algunas veces sucede) con voces ó ruido, él sin hablar palabra aguardaba, y formando con grande sosiego otra vez el argumento, decía: «Responde en forma.» Y aunque alguna vez oyese algún desdén ó desaire de palabra, que con el fervor de la disputa suele desmandarse, jamás dió muestra de sentimiento ni se le conoció semblante menos grato ó benigno. Y por ser de edificación, referiremos aquí lo que una vez